

Por una laicidad positiva

El presidente francés Nicolás Sárkozy, el 20 de diciembre de 2007, en su discurso de toma de posesión como canónigo honorario de San Juan de Letrán, acuñó una nueva expresión, que se ha traducido en los medios españoles por laicidad positiva y que puede contribuir a avanzar intelectual y prácticamente hacia una nueva época en las relaciones entre el poder político y las iglesias en Europa. Si a lo largo del tiempo el término laicidad ha ido adquiriendo una carga semántica que en la práctica le ha hecho sinónimo de laicismo; el añadido de positiva, tanto por sí mismo como por venir de donde viene, parece augurar una nueva forma de entendimiento entre los estados y las iglesias en Europa.

Un estado laico con tradición laicista

Los términos *laicismo* y *laicidad* han estado cargados a lo largo del tiempo de significados diferentes. Laicidad, en sentido estricto, es un término abstracto, políticamente no marcado, que simplemente denota la condición de seglar o laico; su antónimo, hoy en desuso, sería clericalidad, término no marcado que denota la condición de clérigo. Laicismo y clericalismo, en cambio, son términos marcados con una gran carga de ideología y de praxis política incrementada durante siglos; ambos términos se han alimentado antes y se siguen alimentando hoy por oposición y reacción en una espiral de hostilidad creciente. Si el principal objetivo del laicismo es el de liberar a la sociedad de la tutela de

las iglesias, el del clericalismo consiste en mantener una influencia directa de las iglesias en la orientación de la política y de la sociedad. Si el laicismo ha pretendido enclaustrar al clero en las sacristías y relegar todos los aspectos de la religión a la esfera privada, la pretensión del clericalismo ha consistido en conseguir una influencia directa tanto en los actos de los gobiernos como en las decisiones legislativas de las cámaras de representantes.

En Francia, aunque todas las constituciones hayan reconocido de forma simultánea la libertad de conciencia y de religión y la condición laica del Estado, la praxis política ha sido laicista desde muy temprano. Para el laicismo francés, cualquier tipo de presencia pública de cualquier iglesia supone siempre una ingerencia clerical, y resulta por ello retrógrada, acientífica y antirrepublicana, de donde se sigue que un ciudadano maduro, ilustrado, moderno y republicano debe militar en las filas anticlericales. Todo esto no ha sido óbice para que, por ejemplo, el Estado francés haya garantizado por ley, desde 1882, la dedicación de un tiempo y un espacio, en todas las escuelas de la República, para que aquellos alumnos que así lo deseen reciban catequesis religiosa. La interpretación laicista del estado laico es algo que Francia, junto con la revolución, ha exportado al resto de los países que pretendían modernizarse.

Del laicismo combatiente a la laicidad neutra

En 1988, Juan Pablo II, con ocasión de su visita a Francia, declaró en Lourdes la identificación cristiana con los lemas republicanos de libertad, igualdad y fraternidad. El que lo hiciera precisamente en Lourdes, ciudad que durante todo un siglo fue para los anticlericales franceses el símbolo por excelencia de la anti-República y del oscurantismo clerical, supuso oficializar un cambio significativo. Al hacer esta declaración conciliadora, no hacía más que dar un nuevo paso en la presentación de otra imagen de la Iglesia, relacionada con las peticiones de perdón por los errores del pasado hechas ya o con la participación de los católicos en la vanguardia de los movimientos pro derechos humanos. El efecto a medio plazo de esta intervención ha supuesto ir dejando sin argumentos a los laicistas, primero, y hacer que esta postura fuera perdiendo virulencia después.

A partir del gesto papal, los lenguajes empezaron a modificarse. La palabra laicismo, históricamente tan marcada de sectarismo anticatólico, empezó a ser sustituida por la palabra *laicidad*, que viene a significar un cambio de talante más que un cambio de contenido, pues se sigue hablando de moral laica, cultura laica o escuela laica, como ámbitos de los que se excluye la influencia religiosa.

Su sucesor, Benedicto XVI, el 9 de diciembre de 2006, daba un paso más en el acercamiento verbal, asumiendo el «legítimo principio de laicidad» según el cual es bueno para ambas que la comunidad política y las distintas confesiones

Por una laicidad positiva

religiosas se relacionen con plena autonomía, pero sin hostilidad y abiertas a la recíproca transferencia de aportaciones positivas a la justicia y al bien común. Concebida de este modo la laicidad —en el campo cristiano, en el islámico y en el del judaísmo— se ha acuñado una expresión políticamente correcta: laicidad sí, laicismo no.

De la laicidad neutra a la laicidad positiva

Desde la conversión de Enrique IV, en el siglo XVI, los monarcas franceses ostentan el título de canónigos de la basílica romana de San Juan de Letrán. Esta concesión papal se ha mantenido en Francia a lo largo de la historia más allá de la forma de gobierno monárquica o republicana. El presidente francés Sarkozy, con ocasión de la toma de posesión de su canonjía romana tras su elección, aprovechó la ocasión para pronunciar un discurso, ante el cardenal vicario de Roma, en el que expuso las grandes líneas de lo que llamó laicidad positiva. En este discurso llegó a plantear que la laicidad positiva consiste, en primer lugar, en que el Estado debe promover y no sólo tolerar la difusión y el ejercicio de las distintas confesiones sin más límite que la salvaguarda del orden público. Para el presidente, «el Estado que practica la laicidad positiva no considera a las religiones como un peligro, sino como una ventaja».

Por otra parte, a juicio del presidente, la laicidad positiva no se conforma con la defensa de la libertad religiosa en general, sino que defiende libertades religiosas concretas. Por ello, el Estado «debe garantizar la libertad de creer o de no creer, libertad de practicar una religión y libertad de cambiar, libertad de no ser herido en su conciencia por prácticas ostensibles, libertad para los padres de dar a los hijos una educación conforme a sus creencias, libertad de no ser discriminado por la administración en función de su creencia».

Además, según el presidente, la laicidad positiva asume y valora el pasado religioso de la nación. «La laicidad no puede desgajar a Francia de sus raíces cristianas. Ha tratado de hacerlo. No hubiera debido... Una nación que ignora la herencia ética, espiritual, religiosa de su historia comete un crimen contra su cultura, contra el conjunto de su historia, de patrimonio, de arte y de tradiciones populares que impregna tan profunda manera de vivir y pensar. Arrancar la raíz (religiosa) es perder el sentido, es debilitar el cimiento de la identidad nacional, y secar aún más las relaciones sociales que tanta necesidad tienen de símbolos de memoria. Tenemos que asumir las raíces cristianas de Francia, es más, valorarlas».

Poco tiempo después, el Papa se hizo eco del discurso de Sarkozy y elogió cálidamente el concepto y ejemplos de laicidad positiva e invitó a todos los cristianos, y en particular al episcopado francés, a emprender inmediatamente la tarea de desarrollarla intelectual y prácticamente.

Un proceso reflexivo

Aunque para muchos este pronunciamiento haya supuesto una sorpresa, la expresión laicidad positiva antes de incluirse en el discurso romano del presidente había aparecido en su libro *La República, las religiones, la esperanza*, publicado en 2004. Como otros políticos, el entonces aspirante a presidente, aprovechaba la conmemoración del centenario de la separación de la Iglesia y el Estado (1905) para presentar su pensamiento sobre el papel de la religión. El aspirante a presidente planteaba su opinión sobre una serie de cuestiones de tipo político-religioso candentes en ese momento: el fundamentalismo, la integración del Islam en la República, la enseñanza religiosa en las escuelas, la laicidad positiva de la Unión Europea, etc. Además de defender en él con gran claridad la necesaria complementariedad de la moral laica y la moral religiosa, fundamentaba esta complementariedad en la necesidad de que las religiones se integren de una manera activa en las actividades escolares francesas.

Mucho parece haber influido en la evolución del pensamiento de Sarkozy el debate sobre la inclusión del tema de las raíces cristianas de Europa en el preámbulo del proyecto de constitución europea. El presidente nunca ocultó en este punto su desacuerdo con su correligionario político y antecesor Giscard d'Estaing, que consiguió imponer sus tesis laicistas al respecto, eliminando el preámbulo declaratorio. Si bien el proyecto de constitución fue rechazado en referéndum por una amplia mayoría de los franceses, no fue esta la causa, sino el desdibujamiento nacional que el proyecto configuraba para muchos. En aquella ocasión, Sarkozy aprovechó el rechazo de la ciudadanía al proyecto de constitución, como argumento para retomar su tesis sobre las raíces cristianas y desarrollar nuevas propuestas al respecto. En todas ellas el término laicismo ha sido sistemáticamente sustituido primero por laicidad y después por laicidad positiva.

Convicción, necesidad y oportunismo

Sarkozy, como otros muchos políticos, intelectuales y gente de a pie, está convencido de que no sólo hay que refundar el capitalismo, sino que también hay que refundar el laicismo. Y aunque no faltan quienes opinan que la laicidad positiva no refunda el laicismo, sino que lo desnaturaliza, el presidente francés se ha mostrado firme en su convicción de que las religiones aportan a la sociedad muchos valores, entre los que sobresale esa esperanza que el Estado no puede dar. Este cambio de postura ha sido acusado por los medios laicistas con titulares tales como «Francia vuelve a ser clerical», «el catecismo regresa a las escuelas», «el fanatismo religioso puede apelar a la protección del Estado», «¿va el Estado a promocionar cualquier nuevo movimiento religioso?».

Además de convicción la propuesta de Sarkozy cuenta con una elevada dosis de necesidad política. No hay que olvidar que, desde su experiencia previa como ministro del Interior, ha conocido el fracaso del sueño de integración de la creciente población musulmana y la dificultad que conlleva el intento de construir una sociedad realmente multicultural. Las revueltas de los suburbios franceses y la violencia en los liceos han sido los dos termómetros más explícitos de este «malestar de la Francia laica». El presidente y su equipo proponen ahora una nueva estrategia para «controlar y domar a la fiera» que puede acabar con la laicidad de la República. Como arquetipo del francés medio, perteneciente a la amplia clase media acomodada, hastiado de los debates entre clericales y anticlericales, instalado cómodamente en la dualidad de defender principios y dejar de acomodar a ellos su vida privada, Sarkozy propone la laicidad positiva, en cierta medida acomodaticia, porque la considera como la política religiosa de menor coste social.

Además de la convicción y la necesidad, en la propuesta de Sarkozy hay también cierta dosis de oportunismo político. Como decía Malraux, «el Estado es laico, pero Francia es cristiana». Aunque en los últimos tiempos la población musulmana haya crecido de forma espectacular hasta llegar a casi 6 millones, Francia sigue siendo mayoritariamente cristiana con sus 43 millones de católicos bautizados. Si bien la práctica religiosa es escasa —un 20% entre los musulmanes y un 15% entre los católicos—, la impronta cultural de la religión sigue siendo de gran calado y Sarkozy sabe muy bien —por los múltiples sondeos realizados— que su postura de laicidad activa le incrementa adhesiones y votos de modo importante.

Un camino a explorar y completar

La laicidad positiva, tal como la propone Sarkozy, podría representar la conciliación definitiva entre la Iglesia y las sociedades civiles. Así parece entreverlo Benedicto XVI quien, en septiembre de 2008, durante el vuelo Roma-París, respondiendo a la pregunta de un periodista, dijo: «Me parece evidente que la laicidad, así entendida, no está en contradicción con la fe. Diría incluso que es un fruto de la fe». Y en su visita al santuario mariano de Lourdes con ocasión del 150 aniversario de las apariciones. Al despedirse, en el mismo aeropuerto de Tarbes-Lourdes, en presencia del primer ministro francés François Fillon, el 15 de septiembre pronunciaba un discurso en el que algunos párrafos parecían el eco y la respuesta al discurso lateranense de Sarkozy. En esta ocasión, Benedicto XVI repetía una idea que le es muy querida y que, en este contexto, era una invitación formal a profundizar intelectualmente en el tema de las relaciones entre las sociedades civiles y las religiosas: «Considero

que la cultura y sus intérpretes son los vectores privilegiados del diálogo entre la fe y la razón, entre Dios y el hombre».

Desde la perspectiva española, el laicismo sólo se expresó constitucional y efectivamente durante la segunda República. En los últimos años del franquismo y primeros de la democracia se constituyeron numerosos foros, ligas y grupos de estudio que trataron de profundizar en los fundamentos del laicismo y de promover acciones de adhesión o de protesta que puedan ayudar a la difusión social de sus ideales. El clericalismo español, al que, salvo excepciones, no había llegado el espíritu ilustrado, después de la larga experiencia nacional católica, tuvo muchas dificultades y necesitó mucho tiempo para aceptar sin reservas la declaración *Dignitatis humanae* del concilio Vaticano II sobre libertad religiosa. Pero la autonomía de las dos ciudades —Iglesia y Estado—, consagrada en el concilio, terminó abriéndose paso en el mundo católico, apertura que contribuyó a aminorar la virulencia de las manifestaciones laicistas, justificadas hasta entonces por los excesos del clericalismo.

El reconocimiento constitucional de 1978 de la aconfesionalidad del Estado fue considerada por unos como un paso definitivo hacia la laicidad, pero la restricción que se manifiesta en el texto constitucional expresadas en la afirmación «el Estado mantendrá especiales relaciones con la Iglesia Católica» fue interpretada por otros como una puerta falsa para conservar parcelas de confesionalismo residual. Esta segunda interpretación surge en muchos medios cada vez que el Estado reconoce de forma positiva la acción que desempeña la Iglesia a favor de la sociedad en cualquiera de los campos en los que actúa y se pone de forma especial de relieve cada vez que llega el momento de asignar alguna cantidad en los presupuestos que permita dar viabilidad a las intenciones constitucionales.

Como ya hacemos en otros asuntos, mucho ayudaría a los españoles a progresar en la convivencia, tan a menudo difícil, echar una mirada a nuestro alrededor y ver de qué manera se progresa en estos aspectos del discurso político en países que, por su cercanía, tanto nos han inspirado en otras ocasiones. Sobre todo si tenemos en cuenta los discursos de algunos políticos que enclaustrados en un laicismo militante ofrecen soluciones ya fracasadas en otros lugares a problemas que muchas veces existen sólo en su cabeza. Y a este respecto llama la atención el poco eco conseguido en España por un documento como el denominado Pacto por una laicidad incluyente que, elaborado por el grupo de Cristianos Socialistas del PSOE, supone un avance en la reflexión al respecto. ■